



Homilía en la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios. Jornada Mundial de la Paz MP

1 de enero de 2019

Hoy celebramos a la Virgen María como la Santa Madre Dios, después que en el nacimiento de su hijo Jesús se ha cumplido ya el anuncio del ángel Gabriel: “El Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (Lc 1, 31. 35).

La maternidad divina de María aconteció **“cuando llegó la plenitud del tiempo”**, es decir, en el momento de la historia humana libremente **elegido** por Dios, en el que envió a su Hijo, nacido de mujer, para que recibiéramos la adopción filial (Gal 4, 4-6). Movidó por su amor, Dios nos ha dado a conocer sus planes más secretos y ha llevado “la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra” (Ef 1, 9-10).

La historia de la humanidad ha alcanzado su momento de plenitud cuando el Hijo de Dios hecho hombre nos ha llevado a la plena conciencia y reconocimiento de que somos hijos de Dios, herederos de los bienes de su reino y autorizados para clamar a Dios con confianza ¡Abba! ¡Padre! (Gal 4, 6-7). **Reconocer este lugar central que Dios ha asignado al hombre en el mundo es signo de la plenitud del tiempo.**

Hoy iniciamos el año 2019 de este tiempo de plenitud computado desde el nacimiento de Jesús. Y lo hacemos suplicando de nuevo la bendición de Dios Padre que “nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones” (Ef 1, 3). El Padre nos ha **mostrado visiblemente su rostro en Jesús y nos ha dado su paz**. Por ello, hoy presentamos nuestra súplica de bendición con estas palabras: Que el Señor Jesucristo nos bendiga y nos proteja en el nuevo año; que nos conceda la gracia de conocer mejor su rostro y de reflejarlo día a día en nuestra propia vida; que abra nuestros ojos para reconocer su imagen en todos los hermanos; que se fije con amor en nosotros y nos conceda su luz, su salvación y su paz.

La lectura evangélica nos ha conducido una vez más al pesebre de Belén. El anuncio del nacimiento del Mesías hecho por los ángeles a los pastores (Lc 2, 8-15) ha iluminado sus corazones por completo; la palabra que proclamaba el cumplimiento de la promesa dirigida a los hijos de Israel los ha movido a correr hacia el lugar del nacimiento, donde encuentran todo tal como se lo había indicado la palabra del ángel: “María, José y el Niño, acostado en el pesebre”. Y ese niño, acostado entre pajas y envuelto en pañales, que expresan su pequeñez, su impotencia, su condición plenamente humana, es reconocido por los pastores como el Mesías (Sof 3, 12-13). Y todos los que han contemplado la escena se convierten inmediatamente en testigos y comienzan a narrar la novedad de aquel nacimiento a cuantos encuentran, transmitiendo también, junto con la buena noticia, su admiración y su alegría por la acción cumplida por Dios de una manera tan escondida y humilde, a la vez que tan evidente a los ojos de la fe.



Carlos López Hernández

El hijo de María, adorado por los pastores en el pesebre, es el Verbo de Dios hecho carne, por el que nos han llegado a nosotros la gracia y la verdad (cf. Jn 1,17), y la vida de hijos de Dios (cf. Jn 1, 4.12). Jesús hace hoy real de nuevo en nosotros el significado salvador del nombre que le dio el ángel en el anuncio de su encarnación. Y nosotros, con María, conservamos y meditamos en el corazón este misterio de nuestra salvación. Y como los pastores damos gloria y alabanza a Dios.

La Navidad es el anuncio de la paz a todos los hombres a los que Dios ama; es la fiesta de la fraternidad universal de los hijos de Dios. A este significado de la Navidad ha respondido un año más el Papa Francisco con su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, recordándonos que ***“La buena política está al servicio de la paz”***.

La buena política es un desafío para que la frágil flor de la paz florezca entre las piedras de la violencia. La política es un vehículo fundamental para edificar la ciudadanía y la actividad del hombre, pero cuando aquellos que se dedican a ella no la viven como un servicio a la comunidad humana, puede convertirse en un instrumento de opresión, marginación e incluso de destrucción. La búsqueda de poder a cualquier precio lleva al abuso y a la injusticia. En cambio, Jesús nos dice: “Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9,35).

Tomar en serio la política en sus diversos niveles es afirmar el deber de cada persona de contribuir a realizar colectivamente el bien de la ciudad, de la nación, de la humanidad.

En efecto, la función y la responsabilidad política constituyen un desafío permanente para todos los que reciben el mandato de servir a su país, de proteger a cuantos viven en él y de trabajar a fin de crear las condiciones para un futuro digno y justo. La política, si se lleva a cabo en el respeto fundamental de la vida, la libertad y la dignidad de las personas, puede convertirse verdaderamente en una forma eminente de la caridad. Y todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades personales.

El servicio del bien común, de los derechos humanos y de la paz, cuando está inspirado por la caridad y las virtudes humanas, tiene un valor superior al compromiso meramente secular y político. La acción del hombre sobre la tierra, cuando está inspirada y sustentada por la caridad, contribuye a la edificación de esa ciudad de Dios universal hacia la cual avanza la historia de la familia humana. Es un programa con el que pueden estar de acuerdo todos los políticos, de cualquier procedencia cultural o religiosa, que deseen trabajar juntos por el bien de la familia humana, practicando aquellas virtudes humanas que son la base de una buena acción política: la justicia, la equidad, el respeto mutuo, la sinceridad, la honestidad, la fidelidad.

Este alto ideal de la acción política está expresado en las “bienaventuranzas del político”, de las que se hace eco el Papa:

- Bienaventurado el político que tiene alta conciencia de su papel.
- Bienaventurado el político cuya persona refleja credibilidad.



Carlos López Hernández

Bienaventurado el político que trabaja por el bien común.
Bienaventurado el político que permanece coherente.

Bienaventurado el político que realiza la unidad.
Bienaventurado el político que está comprometido en llevar a cabo un cambio radical hacia el orden justo.
Bienaventurado el político que sabe escuchar.
Bienaventurado el político que no tiene miedo.

Junto a estas virtudes, nos encontramos los vicios, que, desgraciadamente, no faltan en la acción política. Son vicios debidos tanto a la ineptitud personal como a distorsiones en el ambiente y en las instituciones. Es evidente para todos que los vicios de la vida política restan credibilidad a los sistemas en los que ella se ejercita, así como a la autoridad, a las decisiones y a las acciones de las personas que se dedican a ella. Estos vicios, que socavan el ideal de una democracia auténtica, son la vergüenza de la vida pública y ponen en peligro la paz social. El Papa enumera: la corrupción, por apropiación indebida de bienes públicos o aprovechamiento de las personas; la negación del derecho; el incumplimiento de las normas comunitarias; el enriquecimiento ilegal; la justificación del poder mediante la fuerza o con el pretexto arbitrario de la “razón de Estado”; la tendencia a perpetuarse en el poder; la xenofobia y el racismo; el rechazo al cuidado de la Tierra y la explotación ilimitada de los recursos naturales por un beneficio inmediato; el desprecio de los que se han visto obligados a ir al exilio. No son aceptables los discursos políticos que tienden a culpabilizar a los migrantes de todos los males y a privar a los pobres de la esperanza.

Cuando el ejercicio del poder político apunta únicamente a proteger los intereses de ciertos individuos privilegiados, el futuro está en peligro y los jóvenes pueden sentirse tentados por la desconfianza, porque se ven condenados a quedar al margen de la sociedad, sin la posibilidad de participar en un proyecto para el futuro. En cambio, **la buena política promueve la participación de los jóvenes y la confianza en el otro**. Cuando la política estimula los talentos y las vocaciones de los jóvenes, la paz se propaga en las conciencias y sobre los rostros. Se llega a una confianza dinámica, que significa “yo confío en ti y creo contigo” en la posibilidad de trabajar juntos por el bien común. La política favorece la paz si se realiza, por lo tanto, reconociendo las capacidades de cada persona, con actitud de mano tendida para dar y recibir, para cuidar y ayudar a vivir. Así cada uno puede aportar su propia piedra para la construcción de la casa común.

Una confianza de ese tipo nunca es fácil de realizar porque las relaciones humanas son complejas. En particular, vivimos en estos tiempos en un clima de desconfianza que echa sus raíces en el miedo al otro o al extraño, en la ansiedad de perder beneficios personales y, lamentablemente, se manifiesta también a nivel político, a través de actitudes de clausura o nacionalismos que ponen en cuestión la fraternidad que tanto necesita nuestro mundo globalizado. Hoy más que nunca, nuestras sociedades necesitan “artesanos de la paz” que puedan ser auténticos mensajeros y testigos de Dios Padre que quiere el bien y la felicidad de la familia humana.